

1168

Suplemento cultural el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 21 de febrero, 2025

ISSN-3061-7391



El regreso del Portal al Inframundo a Chalcatzingo

María de Lourdes Bejarano Almada

El regreso del del Portal al Inframundo a Chalcatzingo

Resumen

La única forma de valorar nuestro pasado y los bienes culturales que nuestros antepasados nos dejaron es conociéndolos para entenderlos, es por ello que este cuento escrito para los niños de Chalcatzingo tiene como fin que conozcan esta pieza tan magnífica de una manera amable y la aprecien.

María de Lourdes Bejarano Almada

Doctora en Estudios Mesoamericanos por la UNAM con un Posdoctorado en el CIESAS en el Proyecto Tetlacuilolli. Directora General del Instituto de Cultura de Cuernavaca; Profesor de Tiempo Completo en la U. Veracruzana; Profesor de Carrera Titular de Tiempo Completo en el CIDHEM; Investigadora del Proyecto Tetlacuilolli CIESAS-CONACyT-Museo Británico y del Proyecto Amoxcalli CIESAS-CONACyT-Biblioteca Nacional de Francia. Investigación en Historia de la cultura desde una visión interdisciplinaria y Diversidad lingüística en procesos de conformación social. Sus investigaciones relevantes versan sobre la Vida y obra del Presbítero José Antonio Pichardo, Los nombres de lugar en el Códice Mendoza, y la Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson en la Universidad de Texas en Austin, así como en el Proyecto Tetlacuilolli CIESAS-CONACyT-Museo Británico; y en el Proyecto Amoxcalli CIESAS-CONACyT-Biblioteca Nacional de Francia. Ponente a nivel nacional e internacional. Autora de múltiples publicaciones académicas y de difusión. Ha dirigido numerosas tesis de licenciatura, maestría y doctorado de diversas instituciones. Es Coordinadora General del Consejo de Cronistas del Ayuntamiento de Cuernavaca.

**Monumento 9 o Portal al inframundo de Chalcatzingo.
Fotografía: Luis Gerardo Peña Torres, INAH.**

El Monumento que regresó a casa

María de Lourdes Bejarano Almada

Capítulo 1: “Recuerdos de un jaguar”

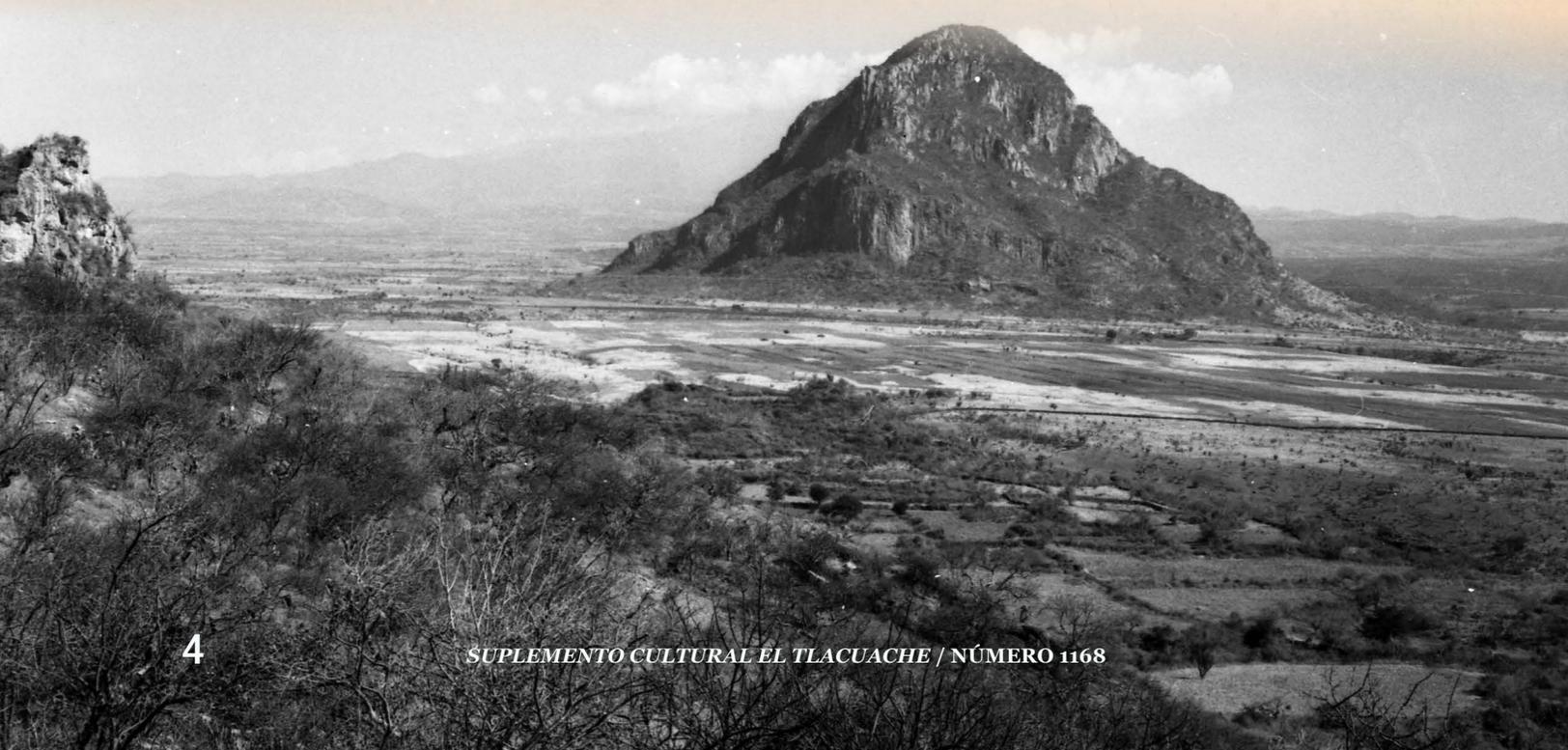
Ha pasado tanto tiempo desde que me crearon que no recuerdo cómo me llamaba mi gente. Sí sé cómo me dicen ahora: “monumento número 9”. ¿Habían oído algo más horrible? También se les ocurrió “monstruo de la tierra”. ¿Monstruo? ¡Yo, que soy tan hermoso e imponente! Y el que más me gusta: el “portal al inframundo”. Suena misterioso y mágico, como soy yo.

En realidad, como podrás ver, soy un jaguar. Pero no un felino común. Soy muy especial porque, cuando tallaron con detalle mi cuerpo en piedra, me pusieron muchas cosas especiales como flores, una pequeña carita en mi frente, unas cejas como flamas de fuego y mi gran boca en forma de cruz. Todo esto tenía un significado especial para mi gente y, por lo tanto, me tenían en gran estima.

Vista general del sitio arqueológico. Chalcatzingo, Jantetelco, Morelos, México. Colección Memoria Institucional AREM. Fototeca “Juan Dubernard”. Centro INAH Morelos. No. Inventario 1654.

Recuerdo con nostalgia mi pequeño pueblo, Chalcatzingo. Allí yo era feliz porque la gente me respetaba y admiraba. La ciudad tenía muchos templos, pirámides, su juego de pelota y su enorme cerro que nos cuidaba a todos. Había otras piedras talladas con pequeños jaguares, plantas, personajes con máscaras o una mujer muy elegante con un gran adorno en su cabeza. Ese era el corazón de mi hogar, un lugar lleno de vida y misterio, donde la naturaleza y los hombres se encontraban en perfecta armonía.

Recuerdo a los niños corriendo alrededor de mí, sus risas mezclándose con el susurro del viento. Algunos incluso me dejaban pequeñas ofrendas: flores, mazorcas de maíz o piedritas de colores. Me decían cosas como: “¡Mira, jaguar, te traje esto para que me cuides!”, y yo en mi silencio de piedra les sonreía por dentro. Ese momento me hacía sentir orgulloso, como si mi labor de protegerlos y conectarlos con los dioses estuviera completa.



Fui testigo de la importancia que tenía mi poblado porque aquí llegaba gente que venía de lugares muy lejanos. Eso me permitía oír las diferentes lenguas que hablaban, y era muy divertido ver cómo realizaban los intercambios de mercancía y cómo compartían sus ideas, tradiciones y conocimientos. ¡Cuántas historias guardé en mi memoria de aquellos días!

Sí, yo era muy feliz... hasta que un día algo terrible pasó: los templos y pirámides fueron abandonados, y nosotros también. Pasaron muchos, muchos años, y las plantas y el polvo comenzaron a cubrirnos hasta quedar ocultos y olvidados. Ya nadie se interesaba en mí.

Un día, después de una intensa lluvia, parte del cerro se desgajó y algunos de nosotros salimos de nuevo a la luz. La gente del lugar se acercó con curiosidad a vernos, pero yo ya no conocía a nadie; eran diferentes. Nos veían con asombro o tal vez miedo, pero no con el respeto y la veneración que solían tener. Unos días después llegaron personas aún más extrañas que nos quitaban con unas pequeñas brochas el polvo y nos examinaron profundamente. Algunos incluso parecían hablar entre ellos diciendo cosas como: "¡Miren esta talla, es espectacular!", aunque yo deseaba que me hablaran directamente.



David Grove y gente de Chalcatzingo en el Monumento 12 conocido como "El volador". Chalcatzingo, Jantetelco, Morelos, 1972. Fototeca "Juan Dubernard", Centro INAH Morelos.



David Grove en el sitio arqueológico de Chalcatzingo. Chalcatzingo, Jantetelco, Morelos, 1972. Fototeca "Juan Dubernard", Centro INAH Morelos.

Después de eso, quedamos de nuevo expuestos al sol, al viento, a la lluvia y a la mirada interrogante de los pequeños. A veces los niños nuevos se acercaban y susurraban cosas como: "¿Qué eres? ¿Por qué estás aquí?". Yo deseaba tanto poder responderles, contarles mis historias y decirles: *"Estoy aquí para cuidar y recordar"*.

Así retomé, sin que la gente lo supiera, mi misión: ser testigo y guardián de la historia de mi gente. Pero, un día, todo cambió...

Capítulo 2: “La oscuridad del adiós”

Una noche mientras dormía comencé a escuchar unos sonidos. Alcancé a ver unas sombras que se acercaban sigilosamente hacia mí. Me quedé más quieto que de costumbre esperando pasar desapercibido. De pronto me di cuenta que yo era el centro de su atención. Unas luces de linterna deslumbraron mis grandes ojos. Yo estaba aterrado... no veía a nadie de mi comunidad, solo extraños que me miraban con codicia. Cuando menos lo esperaba me tiraron al suelo, me ataron y me comenzaron a arrastrar hacia el juego de pelota. Al principio sentí indignación, pero luego un miedo terrible se apoderó de mí.

Con mucho trabajo algunos ladrones me subieron a un vehículo y ahí comenzó el dolor de verdad. Vi venir hacia mí a unos de ellos con unas máquinas que hacían mucho ruido y tenían unos dientes afilados ¡unas sierras! En ese momento sentí como me cortaban en pedazos, más de 21 en total. ¿Qué mal les había hecho yo para que me trataran de esa forma? Además del dolor sentí una gran humillación y angustia sobre lo que iba a venir y creo que me desmayé. Lo siguiente que recuerdo era que me llevaban lejos, muy lejos de mi hogar. Me invadió la confusión y la tristeza.

Llegué a un lugar oscuro, con mi cuerpo cortado en pedazos y ahí permanecí un tiempo hasta que un día unas personas que hablaban otro idioma me pusieron sobre una mesa y como si se tratara de un rompecabezas comenzaron a poner mis piezas en orden. Algo pasó porque hasta donde sé les sobraron piezas que nunca supieron donde encajar. Para que estuviera estable decidieron embarrar mi bello cuerpo con pegamentos pegajosos lo cual fue verdaderamente ofensivo y vergonzoso.

Cuánto tiempo pasó para que volviera a ver la luz lo desconozco, ahí pasé días y noches en mi soledad rodeado de otras piezas que venían de lugares extraños de los que nunca había oído hablar y con las que no me podía comunicar porque hablaban extrañas lenguas pero que yo sabía habían sido robadas igual que yo.

En el silencio de la noche pensaba en mi tierra y nunca perdí la esperanza de regresar y ver mi cerro y a mi gente. Pero nuevas aventuras habría que vivir antes de que esto pudiera ser posible...

Vista general del sitio arqueológico. Chalcatzingo, Jantetelco, Morelos, México.
Colección Memoria Institucional AREM. Fototeca “Juan Dubernard”.
Centro INAH Morelos. No. Inventario 1618.



Capítulo 3: “Exhibido ante extraños”

De pronto salí a la luz, bueno yo no, sino que en una revista americana comenzaron a hablar de mí. Fue la primera vez en más de veinte años que me tomaban en cuenta. Luego un día vinieron por mí y me prepararon para un viaje. Por supuesto nadie se tomó la molestia de comunicarme a dónde iba a ir.

Llegué a un lugar enorme de altos techos, primero estuve en una bodega donde algunas personas de lengua extraña me revisaron y según entendí me prepararon para algo especial. Se trataba de un museo de arte en la ciudad de Utica, Nueva York.

Pocos días después me llevaron a un gran salón donde había un techo transparente donde entraban los rayos del sol. Pero no era el calor al que estaba acostumbrado, era más tenue, menos intenso. Volteé a mi alrededor y vi que había otras piezas, no tan grandes y majestuosas como yo, sin embargo, muy bellas. Ahí fui expuesto a los ojos curiosos de los visitantes y desde mi pedestal podía observar cómo me miraban y aunque no entendía lo que decían en algunos vi que causaba asombro, en otros, miedo y en otros incluso desprecio o rechazo. Fueron sensaciones nuevas para mí ya que yo traté de presentarme lo más digno posible para que vieran mi fortaleza e importancia. Ahí permanecí algún tiempo y luego fui llevado de nuevo a la bodega.

Años después me presentaron en un lugar muy importante, el Museo Metropolitano de Nueva York. Otra vez expuesto a las miradas extrañas que no entienden quién soy, aunque algunas personas comienzan asombrarse de mi belleza. Empiezo a estar más relajado. Incluso comienzo a divertirme sobre todo cuando me visitan los niños. En más de una ocasión uno de ellos quiso ver que había dentro de mi gran boca y se asomó buscando no sé qué (por cierto, uno se quedó atorado y lo tuvieron que jalar de los pies). Otra ocasión hubo un pequeño que le contaron sobre mis cortes y con su manita trató de sanarme las heridas, casi lloro gotas de piedra. Esos momentos escuchando las risas de los niños corriendo a mi alrededor me recordaron a mi querido Chalcatzingo y a su gente. Me preguntaba ¿Cómo estarían? ¿Qué habría sido de ellos sin mí?

El Portal al Inframundo durante la exposición *Before Cortés, A Centennial exhibition* en el Metropolitan Museum of Art (30 septiembre 1970-3 enero 1971) (tomado de Easby, Elizabeth et.al. *Before Cortés Sculpture of Middle America*, New York: Metropolitan Museum of Art 1970:79).

Después me volvieron a exhibir en Utica, Nueva York, al parecer les había llamado mucho la atención y querían presentarme de nuevo. También me exhibieron en ciudades muy importantes como Washington D.C. y en Chicago. Lo increíble es que hasta donde sé nadie decía una palabra de cómo había llegado hasta allá y de cómo había sido extraído en la mitad de la noche de mi querido pueblo.

Mientras pasaba horas ahí en silencio...

frente a todos esos desconocidos...

me distraía pensando...

si todavía se acordaban de mí...

y si algún día volvería a mi tierra...



Capítulo 4: “Nunca me olvidaron”

Una noche mientras dormía tuve un sueño. La gente de mi pueblo exigía que se me localizara, me querían de vuelta. También comencé a escuchar voces de aquellos que nunca me olvidaron: arqueólogos, investigadores y gente del gobierno. De pronto me desperté, mi corazón de piedra estaba acelerado, mi gente no me había olvidado y ahora lo sabía. Sentí una enorme conexión con ellos y el deseo de que supieran de mí.

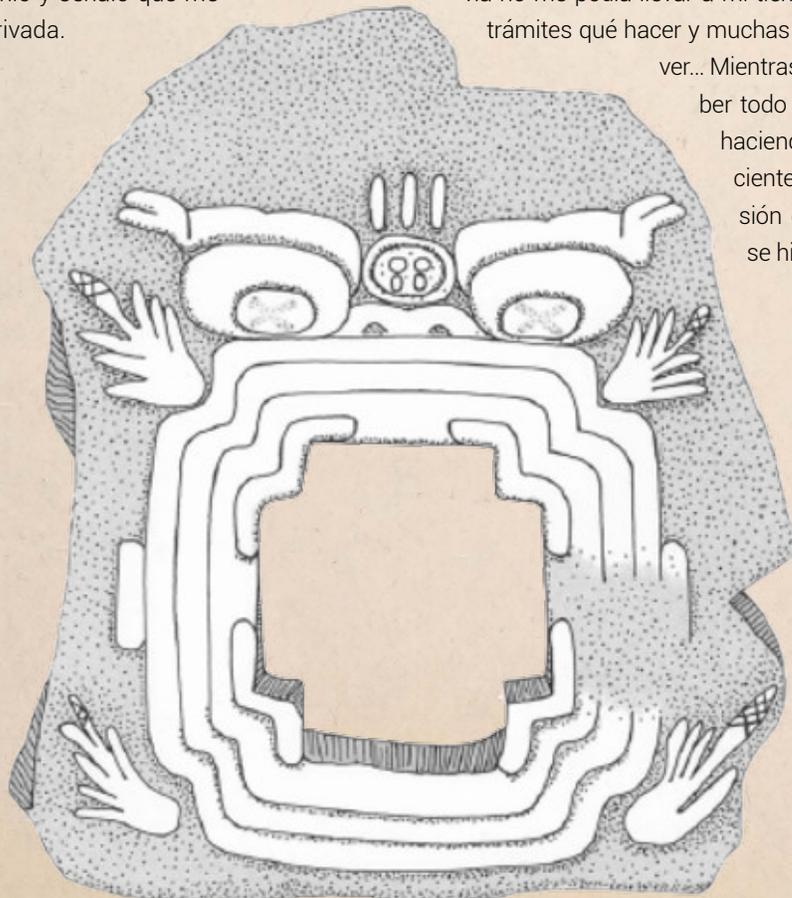
Pero ¿cómo entrar en contacto con ellos? ¿cómo decirles que, aunque en pedazos y armado como rompecabezas me encontraba bien? Me concentré mucho tratando de comunicarme con ellos, pero descubrí que no era tan fácil, eso de la telepatía no se me daba. Tal vez era por la distancia, estaba tan lejos...

Yo no sabía, pero la primera pista que se tuvo de dónde pudiera estar la dio aquella publicación del arqueólogo americano quien en una revista de Antropología presentó un dibujo mío y señaló que me tenían en una colección privada.

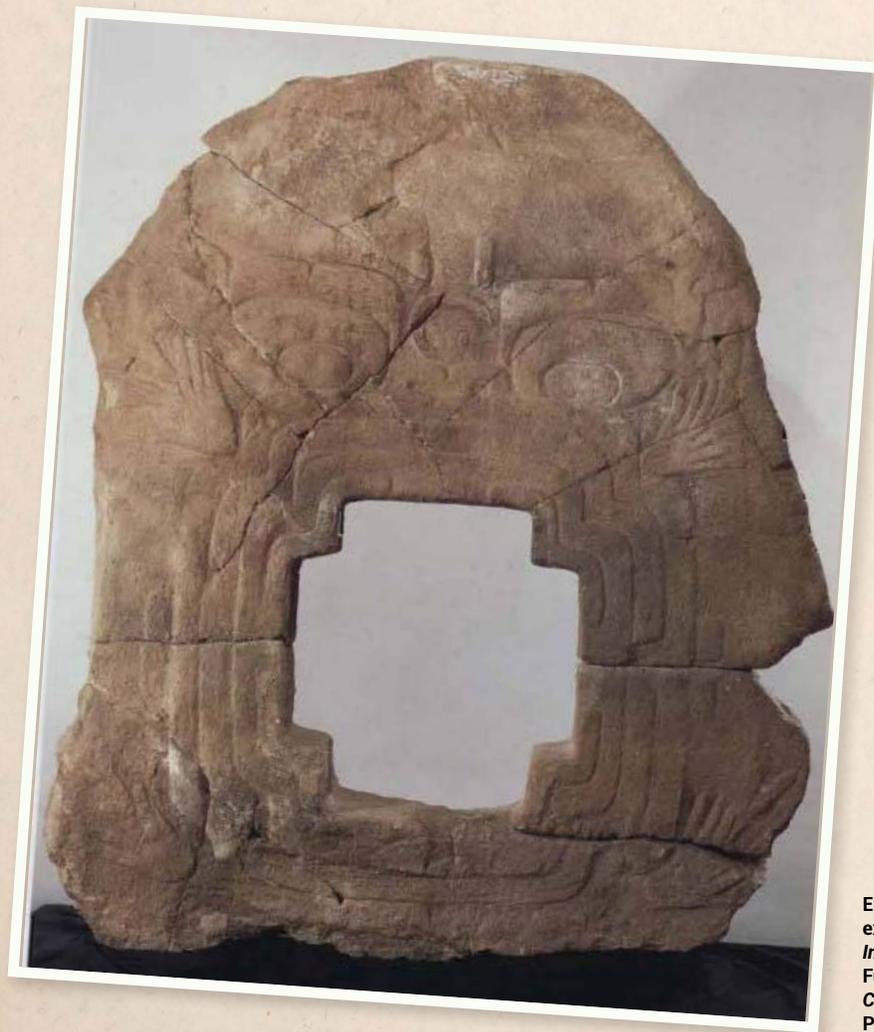
Después me enteré que en el INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia) estaban tratando de localizarme, hicieron una investigación muy grande en libros y en fotografías para saber qué conocían de mí. También comenzaron a hacer una investigación de cuestiones legales para saber cómo podrían reclamarme en caso de que dieran conmigo. Fueron años y años de búsqueda, incluso hubo un grupo de arqueólogos americanos y antropólogos mexicanos que se entrevistaron con los ancianos del pueblo para averiguar qué sabían de aquella noche cuando me robaron.

Fue gracias a esta gente mayor que se supo cómo me habían extraído de la comunidad y de cómo escucharon la sierra que me cortaba en pedazos para luego sacarme del país como si fuera un conjunto de piedras sin valor.

Luego la Secretaría de Relaciones Exteriores me localizó en manos de un coleccionista de arte, pero todavía no me podía llevar a mi tierra, había muchos trámites que hacer y muchas cosas que resolver... Mientras tanto, yo sin saber todo lo que se estaba haciendo, esperaba pacientemente con la ilusión de que mi sueño se hiciera realidad...



El Portal al Inframundo dibujado por David C. Grove y David Hixson (tomado de *People of the Cerro Landscape, Settlement, and Art at Middle Formative Period Chalcatzingo*. David C. Grove y Susan D. Gillespie. En *The Art of Urbanism: How Mesoamerican Kingdoms Represented Themselves in Architecture and Imagery*. Editores William L. Fash y Leonardo López Luján, Dumbarton Oaks Washington, DC. 2009:68.



El Portal al Inframundo de Chalcatzingo exhibida en el *Munson-Williams-Proctor Institute*, Utica, New York (tomado de De La Fuente, Beatriz. *México en el Mundo de las Colecciones de Arte*, Colección: Mesoamérica. Primer volumen. Grupo Azabache 1994:36).

Capítulo 5: “Un nuevo comienzo”

En ese momento comenzó un trabajo detectivesco, con toda la información que se había conseguido del INAH y la Secretaría de Relaciones Exteriores. A estas instituciones se unió el Consulado de México en Nueva York, la Fiscalía de Nueva York y la Unidad de Tráfico de Antigüedades de Manhattan, todos ellos poniendo todo su empeño para que yo regresara a casa.

El proceso se inició hace dos décadas, cuando los arqueólogos pidieron a Relaciones Exteriores de México su intervención para encontrarme en los Estados Unidos. Resulta que, tras mi última aparición pública en 1990, me vendieron a un coleccionista en Denver, Colorado donde me localizaron en 2022. Los diplomáticos lucharon contra el tiempo, buscando documentación y negociando con autoridades extranjeras para devolverme.

Todo se desarrolló en el más estricto secreto, no se quería hacer o decir algo que parara la negociación. Luego me enteré que me querían vender y que había compradores que estaban dispuestos a pagar 14 millones de dólares por mí. ¿Te imaginas? ¡Querían venderme como si fuera una cosa cualquiera! ¡Como un objeto! No se dan cuenta que tengo alrededor de 2,500 años, ¡soy un adulto muy mayor que debe ser respetado! No soy una cosa soy la imagen viva de las tradiciones de un pueblo.

Mientras tanto, por fin siento que algo está sucediendo y que mi sueño de regresar se está haciendo realidad...

regresar a casa, con mi gente.

Capítulo 6: “El viaje de vuelta”

La curiosidad me está matando. Después de tanto tiempo de vivir fuera de mi país ya algo entiendo de lo que hablan a mi alrededor: “que si el gobierno mexicano me quiere de vuelta”, “que si ellos me compraron sin saber que era robado”, “que mañana vienen de la Unidad de Tráfico de antigüedades de Manhattan”, “que no tienen más remedio que entregarme...”, “que va a ser una pérdida irreparable...”

Con mi rostro de piedra trato de no demostrar mis emociones, pero si pudiera gritaría de gusto. A los pocos días llegaron unas personas que venían de México y con ellos unos carpinteros que comenzaron a tomarme medidas. Me colocaron con todo cuidado sobre una base de madera y luego pusieron una estructura de madera a mi alrededor para protegerme y evitar cualquier movimiento durante mi largo viaje. ¡No lo podía creer!

Me subieron a un camión y de ahí al aeropuerto donde ya me esperaba un avión de la Fuerza Aérea Mexicana y personajes del gobierno mexicano. Salimos de Denver, Colorado hacia el estado de Morelos. Creo recordar que ya me había subido a un avión en otras ocasiones cuando me llevaban de un lado a otro a exponerme en los museos, pero nunca sentí miedo y ahora menos porque iba bien protegido por las maderas y además era más la emoción volver.



Fotografía: Coordinación Nacional de Difusión del INAH.

El vuelo duro casi cuatro horas y recorrimos 2,832 kilómetros. Llegamos al aeropuerto internacional Mariano Matamoros, en Xochitepec, Morelos, en donde era esperado por autoridades del gobierno mexicano. De ahí me trasladaron a donde ha sido mi hogar en los últimos meses, el Museo Regional de los Pueblos de Morelos, Palacio de Cortés.

Ahí me estaba esperando parte de mi gente. Desde mi pedestal no podía creer lo que veía, de pronto me había vuelto muy famoso, todos querían tomarse fotos conmigo, salí en todos los periódicos de México y del mundo, me volví una celebridad.

Por el momento sigo en este museo donde me han cuidado increíblemente, incluso me dieron un mantenimiento donde me quitaron el pegamento, ese horrible que me habían puesto cuando me armaron en Estados Unidos. Ahora mismo estoy más guapo que nunca, con un soporte en mi espalda para darme seguridad. La gente de alrededor del mundo me viene a visitar y admirar. Los niños vienen y platican conmigo y me dicen cosas chistosas como “que estoy muy grande y pesado”, “que tengo la boca muy grande” o “que dónde están mis colmillos”.

Pronto voy a regresar a Chalcatzingo, ya me están esperando y arreglando un lugar especial para que no me moje cuando llueva o me llene de polvo. Espero con ansias que llegue ese día y pueda por fin regresar a mi casa.



Fotografía: Coordinación Nacional de Difusión del INAH.

Capítulo 7: “Mi hogar, mi gente”

Espero con alegría el día en que regrese a Chalcatzingo, lo imagino como un día de fiesta que pasará a la historia. Días antes tendrán que prepararme en el museo del Palacio de Cortés, dándome no una despedida sino un “hasta luego” esperando que algún día en el futuro los pueda volver a visitar. Probablemente usarán las mismas maderas para protegerme y luego me subirán a un vehículo especial que me llevará a mi destino. Al llegar solo unos cuantos curiosos se tratan de acercar, pero voy cubierto de una gran tela para aumentar la expectativa. Solo los arqueólogos y gente del INAH me pueden instalar dentro de ese pequeño museo de sitio que construyeron especialmente para mí. Si, comparado con los otros museos en los que he estado éste aparentemente es pequeño, pero es el de mi pueblo y yo seré la pieza más importante.

Seguramente me podrán en un lugar muy especial a una altura donde todos puedan admirarme y tal vez me iluminen con luces de colores para resaltar todos los detalles tallados en mi cuerpo. Habrá tal vez algunas pantallas de televisión donde se tengan acercamientos de mi cuerpo o videos donde pasen cómo me trajeron de vuelta. Tal vez incluso hablen del sitio arqueológico y de las otras piezas que se encuentran aquí.

Me imagino el día de mi presentación en sociedad con todas las autoridades nacionales, estatales y locales esperando que mi rostro sea develado. Habrá discursos (probablemente muy aburridos) y miles de fotografías que darán la vuelta al mundo. El momento culminante llegará cuando quiten el velo que me cubre y quede expuesto a todo el público (debo de confesar que eso me da un poco de nervio).

En ese momento comenzará la fiesta, los juegos pirotécnicos, la música, los bailes, la comida... ya puedo oler la cecina de puerco enchilada, las carnes en encacahuatado, la salsa roja de ajonjolí y cacahuate, la salsa de jumil, los elotes asados, los frijoles negros y los tamales. Ya sé, yo no los como, pero me encanta su olor y ver como lo disfruta mi gente.

Lo que estará presente, ante todo, será la gratitud de un pueblo que verá en mí un símbolo de identidad. Seré el tema de conversación de viejos y niños y Chalcatzingo volverá a ser importante. Vendrá gente de los lugares más lejanos para conocerme no solo a mí, sino a el sitio y a todos los demás monumentos que hay aquí. Por eso mi gente tendrá que prepararse y aprender sobre este sitio, sus antepasados y todo lo que construyeron, saber que significan cada una de las piezas talladas en piedra, poder explicar correctamente todos los dibujos que tiene mi cuerpo, pero sobre todo sentirse orgulloso de su pasado indígena.



Fotografías: Luis Gerardo Peña Torres, INAH.

Capítulo 8: “Soy más que un montón de piedras”

Heme aquí, he vivido más que muchas piezas hechas en lugares icónicos como Teotihuacán, Xochicalco o Tenochtitlan. Mi vida ha sido como un largo cuento que inició con la selección de un gran pedazo de piedra que se adaptaba a la imagen que tenía en su mente un escultor. Tal vez en mi tallado participaron varios especialistas los cuales fueron añadiendo uno a uno los elementos que querían poner.

Primero, determinar que yo sería la representación de un jaguar, un animal hermoso, fuerte, ágil, con un agudo sentido del olfato y afiladas garras al cual temían inmensamente pero también admiraban.

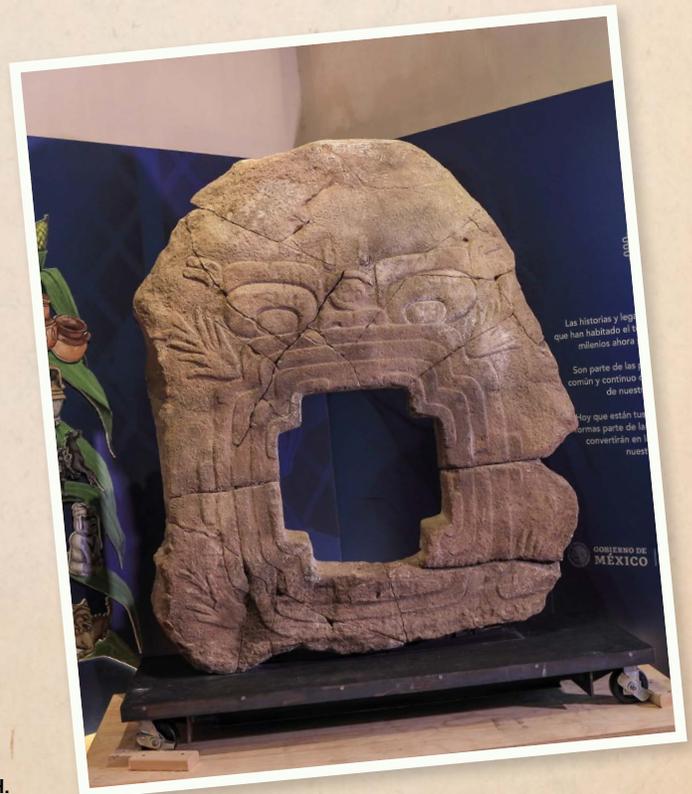
Probablemente hicieron un dibujo antes para determinar el tamaño que iban a tener todos mis elementos, porque antiguamente lo que hacían de mayor tamaño era lo que consideraban más importante, así que eso me lleva a decir que para ellos mi gran boca era lo que diseñaron primero. Luego tal vez hicieron mis grandes ojos en forma de almendra y le pusieron unas cejas en forma de flama. Mi nariz y encima de esta una pequeña carita. Finalmente, en las esquinas de mi boca tallaron unas plantas y en cada costado de mi boca dos rayitas para indicar los cuatro rumbos del universo.

Una vez listo, seguramente los sabios habrán hecho una ceremonia para hacerme especial, es decir sacralizarme o darme los tributos de algo sagrado. Así me convertí en un ser especial en mi comunidad. Dicen los arqueólogos que tal vez estaba en un lado de la montaña donde había una cueva y a través de mi boca entraban a ella y podían entrar al corazón de la montaña y visitar a nuestros antepasados. De esta forma me convertí en una parte fundamental de la historia y cultura de mi gente. No niego que tal vez a algunas personas les pude causar miedo, pero yo estaba cumpliendo mi misión y me sentía orgulloso de ello.

Después, cuando llegaron hombres de tierras lejanas, mi hogar se convirtió en un pueblo fantasma y el paso del tiempo me llenó de polvo y maleza. Luego volví a salir a la luz para darme cuenta que ya no formaba parte de ese nuevo mundo y cuando ya me estaba adaptando, me robaron y lastimaron no solamente físicamente sino en mi orgullo. Sin embargo, aunque he sido robado y separado, mi esencia siempre permaneció viva, sigo estando aquí para cuidar y recordar.

En el extranjero tuve experiencias buenas y malas que me fortalecieron. Me di cuenta de que no soy solo un montón de piedras apiladas soy la presencia y esencia de ese pasado que ya no existe pero que a través de mi se conecta con el presente. Hoy ya estoy aquí de vuelta, en mi hogar, con mi familia. Lo más probable es que no sepan cual era mi función hace muchos años, pero en sus ojos puedo ver admiración, asombro y alegría lo cual me impulsa a tener un propósito aún mayor: educar a las futuras generaciones sobre su historia y enseñarles la importancia de conocer el pasado para ser mejores personas en el presente.

— *El jaguar*



Fotografía: Luis Gerardo Peña Torres, INAH.



Fotografía: Mauricio Marat. INAH.

El regreso a Chalcatzingo

María de Lourdes Bejarano Almada

El día 12 de febrero de 2025 será un día que la comunidad de Chalcatzingo difícilmente olvidará. Después de más de 60 años, que incluso algunos dicen cercanos a los 70, su guardián, el llamado por los arqueólogos Monumento No. 9; por los norteamericanos “Monstruo de la Tierra”; por el Arqueólogo Mario Córdova “El Portal al Inframundo” y por su gente “La Piedra” regresó a su tierra, Chalcatzingo.

Fotografía: Mauricio Marat. INAH.







Fotografía: Mauricio Marat. INAH.

Al llegar a Chalcatzingo lo primero que llamó mi atención fue la organización en sus calles con policías locales y estatales desviando el tránsito para dejar el libre paso para el invitado de honor, la Piedra, para la cual adornaron sus casas y calles con enormes flores de papel y con listones de colores que se movían con el viento.

En el trayecto de la calle que conduce al recién renovado “Museo de Chalcatzingo” había lo mismo puestos de comida que artesanos quienes ya reprodujeron fielmente la pieza en lodo o en barro y que a la par de sus tradicionales cuezcomates los ofrecían a los transeúntes.

El pequeño museo, impecable, con algunas de las piezas originales del sitio, sin duda atraerá gente de todo el mundo, además de los habitantes de la localidad que seguramente estarán deseosos y orgullosos de mostrarlas a los visitantes. En el piso estaban todavía los rieles donde se deslizaría la pieza hasta colocarla en su lugar preponderante.

De pronto, a lo lejos, se comenzaron a escuchar los cohetes... ya estaba por llegar. Las autoridades del INAH fueron a su encuentro, mientras tanto, tuve el gusto de platicar con los artesanos quienes me transmitieron su felicidad, pero sobre todo algo que me sorprendió de grata manera fue su conocimiento de la pieza y de la zona. Incluso uno de ellos me contó que había conocido a David Grove, el arqueólogo norteamericano que registró por primera vez en una publicación al Portal al Inframundo. Me refirió que él era pintor pero que a raíz de la difusión de la pieza comenzó a hacer trabajos en tejas de barro.

Otro de los artesanos me contó cómo hace unos meses cuando llegó el monumento al Museo Regional de los Pueblos de Morelos, Palacio de Cortés, pudo acercarse a la pieza y sintió la energía que ésta le transmitía. Los demás artesanos coincidieron en que al acercarse al Portal sintieron algo especial en sus cuerpos como una carga de energía que entraba y los recorría. Y añadieron: "el día que regresó a México el volcán Popocatepetl hizo una exhalación, eso no es casualidad".

Una joven tenía un pequeño puesto con una mesita donde había tazas, libretitas, sudaderas y camisas de colores donde en todas se resaltaba la imagen y nombre del Portal al Inframundo y debajo "Chalcatzingo". Esto es lo que está provocando el monumento, una identidad, un orgullo y un arraigo a su tierra.

La música se oía cada vez más cercana, los camarógrafos del INAH estaban puestos a comenzar a grabar. Había gente sobre el arroyo del camino con sus celulares a punto para registrar este momento tan especial. El cortejo lo precedía un motociclista y detrás del él una patrulla.

Fotografía: Mauricio Marat. INAH.





Fotografía: Mauricio Marat. INAH.



Fotografía: Mauricio Marat. INAH.

Los primeros en aparecer fueron un grupo de danzantes vestidos a la manera indígena con penachos de largas plumas que se entremezclaban en sus giros, cascabeles atados a sus piernas, ajorcas doradas en brazos y piernas, taparrabos de gran tamaño, maracas con plumas, escudos, paliacates, guaraches o tenis y pintura facial. Su ritmo lo marcaba un personaje que lleva atabales tirados en un carrito “hechizo” con ruedas. Hombres mayores y jóvenes, mujeres cargando niños o llevando copal en recipientes y pequeños que arrastraban los pies por el cansancio o en los brazos de sus padres formaban este primer grupo.

En seguida las autoridades municipales, el Arqueólogo Mario Córdova Tello, el representante federal, entre muchos personajes encabezaban la gran columna de personas del pueblo que bajaban como una enorme serpiente ondulante con collares de flores, gorras, sombreros y paraguas de colores para desviar los intensos rayos del sol.

Un grupo pequeño de jóvenes portaba unas grandes máscaras de calavera, rebozos y canastos con flores de colores para darle la bienvenida. Junto a ellos un gran alebrije en forma de perro los acompañaba.



Fotografía: Mauricio Marat. INAH.

El contingente de Temoac también se hizo presente con un grupo nutrido de chinelos que al compás de la banda bailaron los pasos característicos de estos. Detrás de ellos una patrulla y un vehículo de la guardia nacional venían custodiando el camión que traía al Portal.

Mientras la grúa camión circulaba a paso lento y hacía paradas continuas, una mujer vestida a la usanza indígena se acercó con un recipiente con copal para limpiar el espacio por donde pasaría la pieza. He ahí la presencia de nuestras tradiciones, de nuestra gente que a su modo dan la bienvenida a una pieza que la sienten suya y que mantiene su poder sobre ellos.

La multitud congregada afuera del Museo era impresionante, niños, adultos y ancianos con sus celulares esperaban expectantes su aparición. Junto a mí una persona mayor les contaba a sus familiares que la pieza se había ido hace 70 años porque ella tenía 5 años cuando se la llevaron y que próximamente tenía una cita con una radiodifusora porque la iban a entrevistar.

A continuación, comenzó la maniobra para que el camión se estacionara en el minúsculo patio del museo y se iniciara el proceso de trasladar la enorme caja con la piedra a una pequeña plataforma. Primeramente, una grúa se desplegó a gran altura y en un gancho que caía en su punta, un operario experimentado colocó poco a poco cuatro bandas verdes que sujetarían el embalaje. Una vez hechas las pruebas necesarias para evitar que la caja se balanceara peligrosamente y confirmar que los amarres sostenían el empaque, la caja voló del camión a la plataforma.

Una vez colocada sobre la base, los operarios comenzaron a quitar los remaches de las maderas. De pronto frente a nosotros pudimos ver la parte superior de la pieza envuelta en un plástico blanco. La gente comenzó a aplaudir de emoción. Poco a poco fueron quitando una a una las maderas hasta que quedó libre la pieza y la ingresaron al edificio del museo donde previamente se había abierto una oquedad para que cupiera el Portal. Dentro lo deslizaron en los rieles previamente colocados hasta que lo llevaron a su lugar final. Ahí permanecerá cubierto con el Tyvek, un material hecho con fibras de polietileno que es resistente al agua y al moho y que le permitirá a la pieza “aclimatarse” hasta el día 18 en que será descubierto para que lo pueda ver finalmente su gente.

Fotografía: Mauricio Marat. INAH.





Fotografía: Mauricio Marat. INAH.



Fotografía: Mauricio Marat. INAH.

Al tiempo que se terminaba la maniobra del monumento dentro del museo, afuera, bajo un enorme toldo blanco, se llevó a cabo la ceremonia oficial donde cada una de las personas involucradas en este proceso como el presidente municipal, los representantes del INAH federal y estatal, los arqueólogos del sitio y demás personalidades brindaron un mensaje. Resaltaré tres de ellos, el de la Dra. Ana Bertha Miramontes, Directora de Conservación e Investigación, Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural del INAH encargada de ir a dar fe a Denver, Colorado de que la pieza era auténtica y pertenecía a Chalcatzingo; el de Carolina Meza Rodríguez, Caro, como le dice la gente del pueblo a la arqueóloga del sitio quien ha hecho una labor social impresionante con la comunidad y el de nuestro entrañable amigo y cronista Víctor Hugo Valencia Valera quien resaltó la importancia de este retorno, las bondades de trabajar en equipo el INAH estatal con las autoridades locales, la comunidad y la federación.

Finalmente, no podía faltar el festejo con comida hecha por una persona de la comunidad. Enhorabuena Chalcatzingo, ha regresado su guardián, cuídenlo que él se encargará de velar por ustedes como lo hizo ya en el pasado.



Fotografía: Mauricio Marat. INAH.



Karina Morales Loza. INAH.



Cultura
Secretaría de Cultura

